

“508 Y SIGUE CONTANDO-MARTIN LUTERO Y LA REFORMA”

Mensaje para el Domingo de la Reforma

Del pastor Norman Staker

26 de octubre de 2025

JEREMÍAS 31:31-34 ** ROMANOS 3:19-28 ** JUAN 8:31-36

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO! ¡EN VERDAD HA RESUCITADO!

¡Feliz Domingo de la Reforma!

Hace años, tomé una clase en Chillicothe, en la Escuela Laica de Teología, sobre preparación de sermones, dirigida por el profesor Hank Langknecht de Trinity. Una de las cosas que mencionó de entrada fue la sugerencia de no predicar un sermón usando las cuatro lecciones del día. He intentado seguir esa norma durante mi carrera en Bethel, pero me he desviado de ella en un par de ocasiones. Hoy voy a hacerlo de nuevo: desviarme de la norma y usar las cuatro lecciones. Siempre son las mismas para este día especial del calendario eclesiástico, el Domingo de la Reforma: Jeremías 31:31-34; Salmo 46; Romanos 3:19-28 y Juan 8:31-36. Y antes de que todos entren en pánico tratando de calcular cuánto durará este mensaje, ¡les aseguro que no duraré más de una hora!

Nuestra historia comienza con el primer llanto del bebé, que resonó de pared a pared, calentando toda la casa aquel frío 10 de noviembre de 1483. Hans Luther, minero de cobre de la pequeña Eisleben, Alemania, sonrió nervioso a su esposa, Margaret. Sus ojos cansados le devolvieron la sonrisa, al tiempo que reflejaban su oración de agradecimiento por haber dado a luz sano y salvo a un segundo hijo, un varón, nada menos.

Al día siguiente, Hans abrigó con cuidado a su recién nacido con las mantas más cálidas que encontró. Caminó rápidamente las dos manzanas ventosas hasta la iglesia de San Pedro. Allí, el 11 de noviembre, el orgulloso padre entregó a su hijo al sacerdote. «Martín Lutero», cantó el sacerdote mientras vertía agua tres veces sobre la frente arrugada del niño. «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Una vez terminado el bautismo, Hans se dirigió a casa,

acunando cómodamente al pequeño Martín en sus brazos musculosos. Caminó hasta la cama de su esposa y le entregó con ternura al bebé que lloraba. «Toma, Margaret, cuida de nuestro Martín. Y reza para que no le suceda ningún mal. Porque ¿quién sabe qué planes tiene Dios para él?».

¿Te has preguntado alguna vez qué habría pasado si Martín Lutero no hubiera nacido o si hubiera muerto en su cuna? ¿Tendríamos todavía una Reforma, liderada por alguien más, tal vez uno de sus amigos, o sería este día como cualquier otro, un domingo cualquiera? Podrían ser ideas interesantes, pero Dios tenía un plan y los planes de Dios siempre se cumplen, especialmente cuando involucran el corazón, ¡el nuestro!

Muchas de nuestras metáforas involucran el corazón. Por ejemplo, puedes aprender algo de memoria. Cuando aprendes algo de memoria, significa que lo has repetido tantas veces que lo sabes a la perfección. Está profundamente arraigado en ti, como las palabras del Juramento a la Bandera. Simplemente lo sabes.

Algunas cosas que nos sabemos de memoria son muy importantes, como el Padrenuestro. Nos sabemos el Padrenuestro de memoria. Pero también hay cosas muy tontas que nos sabemos de memoria. Por ejemplo, si nacieron antes de 1970, y sé que al menos un par de ustedes nacieron así, entonces saben que "dos hamburguesas de carne, salsa especial, lechuga, queso, pepinillos y cebolla en un pan de semillas de sésamo" son los ingredientes para una Big Mac. ¡Me lo sé de memoria, pero no me edifica para nada!

Puede que sepamos algo de memoria, pero eso no garantiza que valga la pena saberlo. Sin embargo, si decimos que nos tomamos algo en serio, esto es mucho más significativo. Cuando nos tomamos algo en serio, lo abrazamos profundamente. Nos conmueve, no solo intelectualmente, sino también emocionalmente. Lo sentimos profundamente.

En nuestra lectura del profeta Jeremías, él escribe acerca del nuevo pacto que Dios establecerá con su pueblo:

“Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones; y yo seré a ellos por Dios, y ellos serán mi pueblo.”

¡Este pacto quedaría escrito en sus corazones y en nuestros corazones!

Jeremías anhela el día en que Israel tomará en serio el pacto de amor de Dios. Nunca tendrán que enseñarse unos a otros, nunca tendrán que decir: «Conoce al Señor». Simplemente lo harán porque lo llevan escrito en el corazón.

El pacto de amor inquebrantable de Dios no se basa en los caprichos mundanos. Se basa en algo de valor perdurable y verdad inquebrantable. Y ese es el carácter, no el nuestro, sino el de Dios. El carácter de Dios. Y el carácter de Dios es amor. Esta es la verdad que nunca nos desviará.

Y este amor divino nos ha elegido. No porque estemos a la altura de un estándar de aceptabilidad divina, sino porque eso es lo que fluye del corazón de Dios. El amor viene de Dios. Esto es lo que Jesús intentaba explicar a la multitud que lo seguía. Empezaban a prestar atención a su mensaje. Él dijo: «Oigan, si siguen así, si siguen centrando su corazón en mi mensaje, entonces serán libres».

Libre de ese pacto diabólico y mundano basado en el juicio y la comparación. Libre de juzgarte a ti mismo y a los demás. Libre de juicios porque el amor de Dios estará escrito en tu corazón. ¡La verdad de tu identidad reside en este amor incesante de Dios por ti! Y en la medida en que moras en esa verdad, eres verdaderamente libre.

Dios escribió primero en tu corazón en tu bautismo. Dios dijo: "¡Eres mío y te amo! Y nada podrá cambiar eso". Y por el resto de nuestras vidas, meditemos en esa simple verdad. Es tan básica y sencilla que se nos escapa. Y por eso perseveramos en la palabra, para que podamos recordar quiénes somos realmente: somos hijos amados de Dios. Cada día, Dios graba eso un poco más claramente en nuestros corazones. Y cuanto más lo tomes en serio, morarás en la libertad, la paz y la alegría en aquel que es nuestro hogar.

Dios dice en Jeremías: “y lo escribiré en sus corazones, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo”.

El perdón y la misericordia de Dios son así. Dios no tomó la salida fácil. No rebuscó en los armarios del cielo alguna baratija vieja y deslustrada para dárnosla. Dio lo mejor. Ofreció un regalo inédito, jamás visto, jamás experimentado: se entregó a sí mismo.

Así que, cuando te sientas decepcionado, desanimado, agotado o maltratado, el Señor vendrá a ti y te dirá: "¡Sorpresa! He soportado todo ese dolor por ti". Cuando te sientas despreciado o solo, tu Salvador vendrá y te dirá: "¡Sorpresa! Me

han odiado y repudiado por ti". Cuando te sientas completamente sucio, como si fueras el peor pecador de la tierra, sentirás el tierno amor de Cristo al abrazarte. Pero no te sorprendas cuando lo haga.

Comenzamos el servicio de esta mañana con "¡Castillo Fuerte es Nuestro Dios!". Sabían que era el himno de lucha luterano, ¿verdad? Las escuelas tienen sus propios himnos de lucha; ¿por qué no las iglesias? Me encanta ese himno y sé que a ustedes también. Hay una frase que dice: "El juicio de Dios debe prevalecer". Siempre enfatizo esa palabra "debe". El juicio de Dios debe prevalecer; al final, amigos, ¡prevalecerá!

Este himno, uno de los más populares de la Reforma, se basó en las palabras del Salmo 46. Martín Lutero combinó las ideas de este salmo con una canción popular para beber cerveza y escribió el poderoso himno «Castillo Fuerte es Nuestro Dios». El himno y el salmo han sido herramientas de consuelo y fortaleza para innumerables personas de fe que han enfrentado los desafíos y las tragedias de la vida.

En tiempos difíciles, Dios es nuestro refugio y fortaleza. Una fortaleza es una estructura defensiva que permite a sus ocupantes resistir los ataques enemigos. Un refugio es un lugar al que uno acude en busca de protección y sanación. Dios actúa de esta manera en nuestras vidas al enfrentar las pruebas y tribulaciones de la vida.

Dios es una fortaleza poderosa. Sus muros son impenetrables. Ni la vida, ni Satanás, ni siquiera nuestros enemigos, pueden vencernos si permanecemos seguros en la presencia de Dios. La presencia de Dios, como nuestro refugio y fortaleza, es eficaz.

Algunos presumen de no tener miedo; «No le temo a nada». Se engañan a sí mismos. Puede que no les teman ni a las serpientes ni a las arañas, ni a las alturas ni a la velocidad, pero cada uno tiene sus miedos.

El salmista se alegra de que no tenemos motivos para temer cuando Dios está presente en nuestras vidas.

El grado de agitación del que hablan el salmista y Lutero nos sorprende. Creemos que la fuerza de Dios nos ayudará a superar los atascos, las malas reuniones en el trabajo y los problemas escolares con los niños. El salmista escribe sobre cambios mundiales, terremotos y mares tempestuosos. Martín Lutero escribe sobre la

pérdida del hogar, los bienes, el honor, un hijo o cónyuge, y la pérdida de la vida; aun así, Dios prevalecerá y no tenemos por qué temer.

El amor y la presencia de Dios en nuestras vidas es lo único que nada ni nadie puede quitarnos. Podemos perderlo todo, pero aún tenemos a Jesús.

Una de las cosas más difíciles para un cristiano es aprender a estar quieto y esperar en Dios. Requiere confianza y fe en que Dios cumple sus promesas y que realmente no nos abandonará. Sin embargo, como nuestra fortaleza y refugio, Dios nos invita a no temer y a estar quietos.

Dios no garantiza el éxito ni una vida sin estrés. Sí promete que su amor y su presencia siempre formarán parte de nuestras vidas. Por eso, podemos afrontar la vida con valentía y cierta valentía, porque Dios es una fortaleza poderosa.

Quédense quietos y sepan que yo soy Dios. ¿Se les ha olvidado que el ateo nos dice que no cree en la existencia de Dios?

Leí sobre un ateo que caminaba por el bosque cuando se topó con un enorme oso pardo hambriento. El oso se irguió hasta alcanzar sus ocho pies de altura y rugió al inclinarse hacia el hombre. El ateo gritó aterrorizado: "¡Oh, Dios, ayúdame!". Dios le dijo: "¿Así que toda tu vida negaste mi existencia, pero ahora me pides ayuda cuando la muerte te acecha? Lo siento, hijo mío, pero es demasiado tarde; no puedo salvarte". El ateo pensó rápidamente: "Bueno, Dios, si ya es demasiado tarde para convertirme al cristianismo, ¿qué tal si conviertes al oso?". El tiempo volvió a transcurrir, y el oso dejó de rugir de inmediato, se arrodilló en silencio y con respeto, y comenzó a hablar: "¡Oh, Señor, bendice esta comida que estoy a punto de disfrutar!".

Venid ahora, ved las obras del Señor, qué desolaciones ha traído Dios sobre la tierra. ¿Os habéis fijado en que no se menciona ninguna de nuestras faltas ni defectos? No, escuchamos la promesa de Dios de hacer cesar las guerras, de romper el arco y destrozarse la lanza, de crear una atmósfera en la que la gente pueda «¡Quédense quietos y sepan que yo soy Dios!».

No solemos pensar en Martín Lutero como compositor de himnos, y sin embargo, el gran reformador también poseía el don de la música y escribió unos 37 himnos, incluyendo "Lejos en un pesebre". Para 1523, tan solo seis años después de la publicación de las Noventa y cinco tesis, Lutero se comprometió a proporcionar himnos en alemán para que el pueblo los cantara y buscaba activamente poetas

talentosos para colaborar con él en este proyecto. Lutero solía decir a sus amigos: «Desafiemos al diablo y cantemos un himno».

Lutero, como todos en su generación, sabía que era pecador. Intentó desesperadamente no serlo, pero lo era. Ayunó hasta desmayarse; confesó sus transgresiones hasta que su sacerdote se aburrió de la interminable y repetitiva lista de faltas. Lutero sabía que era pecador, aun cuando sabía que un Dios perfecto se comprometía a castigar a hombres como él. El temor a la ira divina se convirtió en la fuerza que motivó a Lutero a intentar agradar a Dios con un comportamiento perfecto.

Hoy en día, en nuestra cultura, la gente aún busca la respuesta a esta pregunta: ¿Me ama Dios? ¿Cómo puedo estar seguro de tener paz con Dios? Estas preguntas eternas que atormentaron a Martín Lutero aún persisten.

En la clásica frase latina de la Reforma, sola gratia («solo por gracia»), hay en realidad cuatro, y algunos sugieren una quinta: sola gratia, sola fide, sola scriptura, sola Christus y soli Deo Gloria (solo para la gloria de Dios). Amigos, no nos salvamos por nuestras intenciones, buenos deseos, obras ejemplares ni buen juicio. Nos salvamos solo por la gracia de Dios. Desafortunadamente, los estadounidenses hemos sido educados para depender de nosotros mismos. Valoramos nuestra libertad personal de elegir nuestro propio destino. No nos gusta pensar que no podemos salvarnos a nosotros mismos, que necesitamos depender solo de la gracia de Dios para la salvación.

En el libro de Romanos, capítulo tres, Lutero leyó que, si bien todos hemos pecado y estamos muy lejos de las expectativas de Dios, somos declarados perdonados y libres de nuestros mandamientos quebrantados si nuestros corazones arrepentidos se conectan por la fe al Hijo de Dios. Lutero aprendió lo que la Iglesia había olvidado durante siglos y desdibujado: que si bien Dios es un Dios de justicia, también es un Dios de gracia. Por lo tanto, los seres humanos pecadores podían ser salvos porque Dios envió a su Hijo para redimirnos, para pagar el precio que nos rescataría del pecado, el diablo y la muerte. ¿Cómo puedo tener paz con Dios? Estas eran las preguntas del hombre común y corriente del siglo XVI. Siguen siendo las preguntas hoy. La respuesta: «Cree solamente que Jesús murió en la cruz por ti». Acepta la obra ya realizada en la cruz: «Por lo tanto, hemos sido justificados por la fe... y ahora tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo». Así de simple. Así de fácil. Pero no hubo nada fácil en la cruz en la que murió Jesús. La cruz fue pesada, la sangre fue real y el precio para liberarnos fue

exorbitante. Dios pagó el precio para traernos de vuelta a él y que conociéramos su amor y aceptación.

Después de 500 años, ¿sigue siendo importante la Reforma? ¿Aún necesitamos un día al año para recordarla? Después de todo, una encuesta reciente mostró que más de la mitad de los protestantes estadounidenses ni siquiera sabían que los escritos y las acciones de Martín Lutero inspiraron la Reforma. ¡Y esta era una pregunta de opción múltiple con solo tres opciones! Así que la mayoría de los cristianos hoy dicen: «No, la Reforma no importa».

Si el Día de la Reforma solo celebrara el luteranismo, entonces no debería importar. Si el Día de la Reforma solo celebrara el orgullo que sentimos por ser luteranos, entonces no debería importar. Pero si el Día de la Reforma trata sobre la verdad que Martín Lutero desempolvó en todo su esplendor, oculta tras siglos de doctrinas erróneas, entonces la Reforma sí importa.

Jesús dijo a los judíos y a sus discípulos que creían en él: «Si perseveran en mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos. Y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres».

Por eso hubo una Reforma. Por eso aún celebramos el Día de la Reforma. Por eso la Reforma sigue siendo importante. ¡Importa porque confesar la verdad sigue siendo importante!

Quiero cerrar con una cita de Martín Lutero que expresó cómo se sentía realmente, y es una cita que se aplica a todos nosotros aquí hoy: él dijo: “Cuando me miro a mí mismo, no sé cómo puedo ser salvo; cuando miro a Jesús, no sé cómo podría perderme”.

¡¡Amén!!